OBLITERACIÓN

POR

RODOLFO USIGLI

ILUSTRADA CON 22 LÁMINAS DE

SOFÍA BASSI

MÉXICO / 1973

1/1
BASSI-82

POR

RODOLFO USIGLI

ILUSTRADA CON 22 LÁMINAS DE

SOFÍA BASSI

MÉXICO / 1973

D. R. © 1973

RODOLFO USIGLI

ROMA 32, DEPTO. 37

MÉXICO 6, D. F.

Impreso en México.

EJEMPLAR

№ 000339

Sofía Bassi Rodolfo Vinq

ÍNDICE

	PÁGINA
NOTA Y ADVERTENCIA	*xi*
LA PRECISIÓN DE LOS SUEÑOS NO SOÑADOS	1
LA REALIDAD DE LOS SUEÑOS SOÑADOS	17
INTERLUDIO	23
LA IRREALIDAD DE LAS COSAS REALES. LA FANTASMAGORÍA DE LA REALIDAD	29
SUEÑO DE REALIDAD	39
REALIDAD SIN SUEÑOS. REALIDAD DEL SUEÑO	57
SUEÑO EN LA REALIDAD	65
SIN REALIDAD Y SIN SUEÑO	77
EL SUEÑO SIN FIN	83

El autor emplea la voz **obliteración** en su sentido lato de acción y efecto de destruir, como sinónima de los verbos abolir, borrar, tachar, cancelar, anular. La Real Academia la acepta, en medicina, como acción y efecto de obliterar u obliterarse; pero reconoce el adjetivo obliterador, ra, "que cierra u oblitera", aunque da al verbo sólo la acepción *médica* de: "*obstruir o cerrar un conducto* o cavidad de un cuerpo organizado. U. t. c. prnl."

El Grand Larousse es más amplio: "Oblitération. n. f. Action d' oblitérer, *état d'une chose obliterée, effacée.*" Y sobre el verbo indica: "Oblitérer, v. tr. . . . Effacer, en usant, les lettres, les traits: **le temps a oblitéré cette inscription. / Obliterer un timbre,** l'empêcher par une empreinte, une marque, de servir une deuxième fois. / **Fig.** enlever, supprimer."

Por su parte, el diccionario de Oxford dice: "Obliterate, v. t. Blot out, efface, erase, destroy, leave no clear traces of. So, obliteration."

CONSIDÉRENSE *mi infancia y mi adolescencia sedientas de viajes; el sedimento de ese respiratorio tener que ir de un lado a otro, por destino que empujó a mis padres—europeos—a desplazarse, a buscar la vida, el espacio y la respuesta en un continente nuevo. En realidad yo no vivía: hervía en un deseo de partir. El contrasentido—lo descubrí muy tarde—estaba en que mis padres habían necesitado emigrar para vivir, habían querido ir a América, lo cual parecía justo y consonante con la corriente de la vida y la sensibilidad europeas de entonces y de ahora. Por eso fueron a América. Pero yo, nacido en México, en el aire mismo que ellos habían buscado para subsistir, quería, en cambio, ir a Europa. A la Europa de la que ellos habían huido. No sé qué hubiera podido ocurrirme si, a semejanza de muchos perdidos talentos, hubiera anclado en París a los veinte años. Lo que sé es que al conocerla a los cuarenta no experimenté sino una violenta, persistente sensación de choque. El caso es que nunca he logrado encontrarme a gusto en Europa. Si esto es porque tengo una capacidad involuntaria para absorber el ambiente que me rodea y para reflejarlo con la mayor crudeza (véanse las* Tres comedias impolíticas *y* El gesticulador*), es cosa que*

no puedo aventurarme a afirmar. Lo cierto es que en Europa me siento siempre enfermo, como si mi cuerpo concentrara y reflejara toda la decadencia, todos los males, toda la crisis espiritual que la inundan, y mi protesta excesiva contra el existencialismo contemporáneo me parece en cierto modo la protesta natural contra un purgativo que mi cuerpo, enfermo sólo por reflejo, *no necesita.*

*Lo cierto, también, es que nunca he podido escribir en Europa, fuera de principios de piezas o de novelas y de algunos poemas, y que todo lo iniciado allí se me ha quedado descentrado e incompleto (1966). Debo, a la distancia, registrar aquí un pequeño cambio el primer acto de una comedia (*La función de despedida*), trazado en el tren de Marienbad o Marianske Lazne a Praga en 1949; una pieza terminada en Oslo (*Corona de luz*), otra en vías de encontrar al fin su desenlace humano y lógico (*Reynalda o El estanque*) y una comedieta (*El encuentro*)*. Quizá simple resultado todo de la necesidad de escribir para seguir viviendo, que ya en el Medio Oriente me había movido a trabajar aunque sólo fuera convirtiéndome, al modo del aduanero Rousseau, en un* escritor de domingo. *Una novela espera también su remate*

---

* Debo añadir ahora **El caso Flores, Carta de amor, El gran circo del mundo** y **Los viejos,** todavía inconclusa, frutos agridulces o amargos de mi gran necesidad de trabajar para olvidar que vivo en mundo actual y en el ámbito que reducen y oscurecen sus cerrados horizontes interplanetarios. Para hacer de esa realidad un a modo de sueño.

después de veinte años corridos (Inteligencias estériles), *iniciada en París en 1945 y quizá predestinada a ser concluida en Noruega.*

¿Por qué y cómo me vino a la cabeza este relato? Anuda diversos cabos sueltos y aúna la experiencia humana directa al ejercicio de la imaginación. No sé si lograré terminarlo. Todo lo que sé, como se saben bien las cosas—es decir, por el sentimiento—, es que su profundidad y su alcance, hacia adentro y hacia afuera, pueden ser mayores de lo que yo mismo sospecho.*

Por lo demás, en literatura, cuando se crea, no hay itinerarios fijos ni completos, y las más de las veces nos limitamos a viajar entre cuatro paredes. Como sea . . .

Le Zoute, 28 de junio de 1949

*Inútil decir que al situar la acción en Bélgica no obedecí a necesidades o requisitos tópicos, que pude fijarla en cualquiera de los países subyugados por los nazis y sólo operaron en mi decisión, con el recuerdo de la visita a una vieja dama en Neuilly, una tarde de inolvidable y fustigante viento en Knokke-le-Zoute, mi emoción por el carácter pictórico de Brujas y otras ciudades, y mi siempre conmovida simpatía por un país al que debo el dón inapreciable de un grande y noble amigo: Camille Huysmans. Los personajes son mitad verdad y mitad mentira, y por ello pueden volverse con el andar del tiempo todos mentira o todos verdad.

P. S. Quizá me será dado terminarlo al fin en Europa. En el viento de Europa (Oslo, 1966).

Oslo, 11-12 junio 1969

I

LA PRECISIÓN DE LOS SUEÑOS

NO SOÑADOS.

Si quiero por las estrellas
saber, tiempo, dónde estás,
miro que con ellas vas
pero no vuelves con ellas.
¿En dónde imprimes tus huellas
que con tu curso no doy?
Mas ¡ ay ! que engañado estoy,
que giras, corres y ruedas:
tú eres, tiempo, el que te quedas,
y yo soy el que me voy.

Décima atribuida a
don Luis de Góngora.

(Epígrafe encontrado en 1968).

LA AVENTURA resultaba extraordinaria y, por lo demás, tenía yo la certeza más firme de no haber soñado. (Este pájaro que pía descaradamente posado en mi ventana.) La cosa empezó, justamente, en este hotel. Y en una tarde como ésta, en la que un barniz de sol empujaba a salir para encontrarse, afuera, con un viento inclemente soplado por el mar del Norte. No, en realidad, la cosa no empezó aquí. Tengo que reconstruir el episodio en sus menores detalles para convencerme de que fue real y, por tanto, de que yo existo. Experimento en la garganta la acidulada sensación—por sobre un gran vacío estomacal—de que mi existencia real depende en gran modo de la realidad con que existió todo esto.

Sí. Tuve que hacer un viaje a París en los primeros días de mayo de 1945, a raíz del Día de la Victoria. No es ocioso—por cuanto puede haber influido en mi ánimo—hablar de la espantosa soledad que se apoderó de mí ese día en Londres, entre la multitud ululante y pululante que cubría Leicester Square y Piccadilly Circus y que se apiñó más tarde en las afueras de Buckingham Palace. Recuerdo a la mujer que, a falta de mejor tributo, se desnudó —*stark naked,* dicen en inglés—frente al recubierto Eros de Piccadilly Circus. Y no puedo olvidar, porque era una suerte de imagen de mí

mismo, al humorista que se sentó en el poste más alto de Leicester Street a reírse del mundo. Fue ese día, también, cuando formulé al fin en palabras un viejo sentimiento: la multitud no tiene sexo, viendo a las turbas indistintas abrazarse, reír y cantar. Veo a la muchacha que, en la entrada del tren subterráneo en Piccadilly me arrebató con una deliciosa carcajada los gorros y cornetas de papel que había yo comprado para mis jóvenes amigas, y quisiera volver a tener la sonrisa con que subí otra vez a la calle por una nueva provisión. Oigo, también, a mis pasajeros amigos de aquella noche—niños aún—hablar de la próxima guerra—en esa noche— para que no les amargara el whisky o la ginebra la idea de haber perdido todo un año de educación para ésta, terminada, y veo aún a la viejecita vestida de terciopelo negro, con una toca de la época victoriana, que agitaba una *union jack* de mano sentada sola en la inmensidad de los jardines de Kensington.

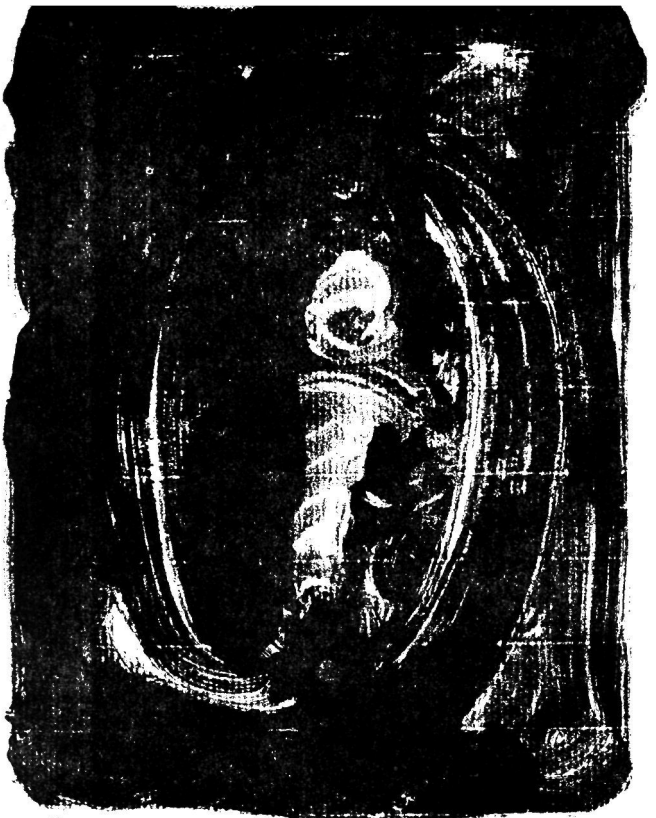
Quizá estas últimas visiones influyeron sobre mi ánimo. Quizá no. Lo demás no tuvo importancia—simples movimientos físicos, sonambúlicos casi—hasta que una tormenta sobre el canal obligó al hidroavión que me conducía a torcer su ruta. Cómo nos desviamos hacia Dunquerque y cómo al fin, después de un viaje largo y azaroso, la máquina amarizó en las orillas de Knokke-le-Zoute, son misterios de la navegación aérea que escapan a mis conocimientos y a mis capacidades intelectivas y que, si me fueron explicados, no

entendí. El hecho fue ése, y el otro hecho fue que, a partir de ese momento, las cosas cobraron para mí un aspecto irreal y el ambiente, una latitud de sueño. Sueño a ojos abiertos, que es el más embriagador de todos.

La primera mañana—habíamos amarizado casi al alba—la pasé en este mismo hotel, dándome un largo, lento baño, tratando de poner en orden mis ideas mientras me obsesionaba, con dolorosa objetividad, el orden de mis encargos parisinos. Estaba en el Hotel Bristol, calle del Faubourg Saint-Honoré. De allí saldría dentro de poco para tomar el tren metropolitano en la estación de Saint Philippe de Roule; bajaría en el Trocadero (la estación de Jena estaba clausurada), retrocedería dos cuadras y llegaría a la Embajada de México, número 9, calle de Longchamp, para entregar aquella estorbosa valija. Y entonces quedaría libre. La realidad indudable de todo esto me hizo encontrarme, un cuarto de hora más tarde, en una plaza fría y desierta, con un mar gris helado y, aquí y allá, con casas dispersas cuya arquitectura entre flamenca y holandesa me produjo la sensación de resbalar vertiginosamente sobre hielo. No puede ser. Desanduve el camino hasta la puerta del hotel como quien busca un centro de equilibrio. Me volví en ella para ver si se había despejado el absurdo espejismo. No. Todo aquello existía; quien no existía, en apariencia, era yo. Yo, sin objeto, sin oriente, con aquella ridícula, inoportuna valija llena de papeles muertos entre las manos. Subí a mi cuarto y la encerré bajo llave;

obtuve, mediante persuasión monetaria, un poco de coñac. Lo bebí y volví a salir. La niebla, absurda en mayo, se había desenrollado como un gran rollo de papel de envoltura que se deja caer. Y caminé. Primero por la orilla del mar. Después, aburrido de aquella visión desemejante de todos mis paisajes marinos, tomé por una calle lateral. Y fue entonces cuando se desencadenó la tormenta.

No era una tormenta de agua, ni una de esas tormentas secas, erizadas de relámpagos como un cacto de espinas, que había yo visto en el norte de México. Era, simplemente, una tormenta de aire. Pero no el aire norteado de Veracruz, ni el aire otoñal de Chicago que juega con el Lago Michigan en una mano y hace girar como peonzas a los transeúntes con la otra; ni el aire primaveral de Nueva York que arrebata sombreros, ni el aire viejo verde de París que levanta las microfaldas de las ciclistas. No. Este aire era escueto, delgado, deshilachado como un flagelo. No había asomo de calor, pero calcinaba sólo porque parecía desollar. Venía en turbiones, pero turbiones hechos de alambre; azotaba, envolvía un segundo y se arrancaba de las carnes llevándose tiras de piel. Y no era un solo viento tampoco, sino una multitud de corrientes, cada una con una función: había la que desollaba el rostro, la que oprimía la cintura, la que se metía debajo de las axilas y quebrantaba las costillas; la que arrancaba de cuajo las manos, y la que ataba los tobillos hasta hacer imposible toda tentativa de caminar sin caer. Y la atmósfera



RASSI-72

RASSI·32

nebulosa impedía ver los hilos. Quizá sólo al abandonar el cálido vientre materno siente uno ese desamparo, esa entrega a lo desconocido.

Me encontré, de pronto, ante una pequeña verja de madera. Confusamente percibí el estrecho camino bordeado de arbustos, y al levantar los ojos en busca de luz se me quedaron pegados a una enseña de madera que se agitaba desenfrenadamente y que, en caracteres blancos que parecían contorsionarse, decía en español: *La Esperanza*.

Di, al fin, con la definición: era un viento oscuro, envuelto, perdido en la niebla. Un viento camuflado. ¿De qué me servía? Una voz cálida y llena, segura y brillante, resonó de pronto en mis oídos.

—¿No quiere usted resguardarse del viento, señor?

La mujer era vieja. Seguramente muy vieja. Tenía cabellos de un blanco sucio tramado de incontables conatos de tintura rubia con algunas raíces negreantes. La nariz era aguda y larga, y la dentadura postiza exhibía sin decoro toda la serie de artificios áureos con que los dentistas intentan siempre disfrazar la falsedad del aparato y que más bien la denuncia a gritos. Pero los ojos eran extraordinarios. De un profundo azul, imperiosos y dulces, elocuentes y curiosos, presidían y ordenaban aquel rostro arrugado, aquellos cabellos repelentes, aquella garganta disecada, como dos arcángeles. En cuanto los miraba uno, estaba perdido. No podía ver nada más ya. Y el interior era grato. Sencillo pero

grato. Sin confort en el sentido que nosotros lo entendemos, pero grato. Quizá, en un tiempo, rico. Ahora todo se deshilachaba en él, sin agresividad pero con esa certidumbre del final que impresiona en algunos rostros de viejos o de enfermos condenados. Poco a poco, los ojos de la mujer me dejaron ver los detalles, mientras su voz cascada emitía sin interrupción sonidos informes que, a su vez, fueron encadenándose en palabras. Supongo que, en realidad, aquel negro aire me había ensordecido. En mi mano derecha había una pequeña copa con un líquido que sabía a algo. Y, al fin, el sabor se definió en mí: era kirsch. No. Pero ¿era kirsch? Marrasquino, más bien. No. La copa vuelta a llenar acentuaba la sílaba. Kirsch, pronunciado *quesch*. Sí, eso es. Entonces fue cuando vi el busto. Sólo el busto pudo liberarme de los ojos. Me levanté y me acerqué a él, y entonces comprendí por qué. Eran los mismos ojos, coloridos de azul zafiro sobre el veteado mármol blanco y rosa. ¿Coloridos con qué tintura extraterrena? Y las palabras de la mujer cobraron extraña precisión entonces.

—Así era yo, aunque le parecerá extraño. El tiempo no pasa, amigo mío: se queda. Se queda en uno en forma de arrugas y de canas, de bolsas bajo los ojos, de venas dilatadas o resecas. Y a veces de peores modos: en forma de tinturas para el pelo, de afeites inútiles, de dentaduras postizas, de úlceras o tumores, de anquilosis y hemiplegias, de hipertensión arterial o de locura. El tiempo no pasa, se queda.

¿Quién dijo que pasaba? Pero así era yo. ¿No lo cree usted? Ese busto lo hizo un hombre que me amaba, y gracias a él ese tiempo se quedó también.

—Perdóneme usted—dije al fin. Sé que no es correcto. Comprendo que el busto es de usted, pero me recuerda mucho, extrañamente, a alguien.

Le mostré el retrato entonces. Se llevó a los arcangélicos ojos un impertinente de oro que los disfrazó un instante y lo examinó.

—Sí, claro. En cada generación hay una mujer que repite a otra de una generación más vieja. Es igual a mí. Es decir, a esto, salvo los ojos. Pero los ojos, ¿sabe usted?, yo no sé con qué pudo cromarlos el que hizo el busto, pero cambian de color con la luz. A veces de un azul puro y transparente, a veces de un verde claro e insondable, a veces de un azul zafiro. Así eran éstos. (Sus dedos los cubrieron brevemente.) ¿Un poco más de *quesch*? Hace tanto frío. Si me atreviera, le pediría un cigarrillo.

Nada mejor, en una situación insólita, que llevarse la mano a la bolsa y encontrar en ella un objeto cuya familiar realidad nos devuelve por sí sola al centro de lo que nos rodea. La caja de lámina llena de *Abdullahs* tipo Virginia me ayudó a normalizar mis pulsos. Pensé—¿por qué?—en el famoso anuncio del tren subterráneo de Londres: *No smoking. Not even Abdullahs*. Quizá sentí que todo iba a desvanecerse en el humo y quise impedirlo. Pero era ya tarde. La

mujer arrojaba una bocanada de humo con el placer más evidente.

—Hace mucho que no fumaba esta clase. En realidad, muchos años fumé yerbas de este jardín. Ellos lo acaparaban todo. Usted es forastero, ¿verdad?

Expliqué, sucintamente, mi fracasado vuelo a París.

—¡Ah, París! Los franceses sufrieron menos que nosotros. Pero Londres... No es una bella ciudad, claro; pero para mí tuvo siempre un encanto siniestro. No depravado, como París. París es una picardía del cuerpo, pero Londres tienta la imaginación. Quizá conoce usted a alguien. Quizá no. Pero nunca se sabe.

Esperé a que precisara su pregunta.

—Hay un viejo amigo mío allá. En realidad, más que un amigo: el hombre con quien debí casarme. No, no creo que lo conozca usted. Pero a veces ocurre...

Otra vez aquellos ojos que lo ordenaban y lo armonizaban todo. Las facciones de la mujer perdían paso a paso aquella evidencia de ruina para reorganizarse en un todo animado y viviente.

—No sé. Pero se lo diré de todos modos: el coronel Thornton.

Así pues, siguiendo un ritmo amplio y espaciado, la realidad volvía a mí, se adueñaba de mí, centímetro a centímetro.

—Lo conozco muy bien. Tuvo una actuación brillantí-

sima en la defensa civil de Londres.

—Cuénteme usted.

Conté lo que sabía, que no era mucho—lo mismo que queda resumido en mi primera respuesta.

—Si vuelve usted a Londres—me dijo la anciana—, tendrá que llevarle una carta mía. Probablemente creerá que me he muerto, que me mataron los alemanes. En realidad, es un tanto extraordinario que no me hayan matado. Llevo un viejo nombre y mi familia fue una de las fundadoras de esta región. Usted no sabe, claro. Soy la baronesa van Helder.

Se levantó de pronto. Una juventud inesperada pareció ceñir su cuerpo como para un baile.

—Voy a preparar un poco de café. ¿Quiere usted esperar un instante?

Mi contemplación del busto llenó su ausencia que, larga o corta, resultó insensible para mí. Era una contemplación dolorosa, la de una mujer a quien tenía yo que olvidar. En rigor, mi vida no estaba sujeta a más pauta ni a otro programa que ése: olvidarla. Y una coincidencia ajena a mí volvía a ponerme frente a ella. A medida que el viento cedía, afuera, que la niebla se desleía, los ojos cambiaban, y no eran ya los arcangélicos de mi huéspeda, sino los mismos, ora azules, ora verdes, que frustraban mi reposo nocturno, que me sorprendían a la vuelta de cada esquina, mental o física, como un golpe de luz.

—*La Esperanza. La Esperanza*—dijo.

Encontré fácilmente mi camino de regreso al hotel; pero, extrañamente, no podía apartar de mí un sentimiento de irrealidad que me pesaba y se adhería a mi cuerpo como una vestidura saturada de rocío. Como el viento antes, pero de otro modo. Al pensarlo, me di cuenta de que ya no soplaba viento alguno.

En el hotel, mientras almorzaba, interrogué al *maître d'hôtel*.

—¡Ah, sí! ¿La baronesa van Helder? ¡Extraordinaria anciana!

Quise pero no pude volver a verla. Esa tarde a las cuatro mi hidroplano, reparado, tomó el camino de París. Aterricé en Le Bourget, llegué al hotel Bristol, tomé el *métro* en Saint Philippe, bajé en el Trocadero, y a las siete mi valija estaba entregada. Todo tal y como lo había yo pensado aquella mañana en aquel hotel.

Ideas dispersas danzaron alternadas en mi cabeza mientras trataba de conciliar el sueño en París. Primero el busto, que veía crecer fuera de toda proporción, y cuyos ojos azules cambiaban a cada viso de luz en una gama infinita, inefable. Pero una cinta lo envolvía, como en esos escaparates dispuestos bajo la influencia surrealista. En letras fluctuantes, una inscripción decía: «El tiempo no pasa, se queda.»

Y, por fin, la frase del portero al liquidar mi pasajera cuenta:

BASSI-72

1/1
BASSI-72

1/1

BASSI-72.

—¿La baronesa van Helder? Nos sentimos muy orgullosos de ella, señor.

Pero esta tarde. Esta tarde. Esta tarde... Sé que es el mismo portero, con un poco más de plata en los cabellos, con el mismo uniforme. Sé que me ha reconocido después de cuatro años de ausencia.

—Ah, sí, el señor del hidroplano, claro está.

Pero me ha dicho:

—¿La baronesa van Helder? El señor debe de estar equivocado. Nunca he oído ese nombre.

Pero me ha dicho:

—¿*La Esperanza*? Nunca oí hablar de esa *villa*. No veo qué quiere usted decir. ¿Y tú? ¿Y tú, pues?

El ascensorista y el *maître d'hôtel* se encogen de hombros.

Y eso es todo.

II

LA REALIDAD DE LOS SUEÑOS SOÑADOS.

RECONSTITUIR la trayectoria del viento. De aquel viento oscuro. Han pasado cuatro años, es cierto. Pero en ellos, día a día, el recuerdo del busto juvenil de una anciana desconocida había ido borrando poco a poco la memoria vieja de una joven amada, substituyéndose a ella. Llegué hasta acuñar un día una frase, cuando alguien expresó su horror por los ceniceros llenos de colillas: «Nada huele peor que un amor muerto.»

Y día a día, sin darme cuenta, había venido reemplazando a la mujer cada vez más arrancada de mi carne por una estatua que me parecía cada vez más esculpida en mi corazón. Todavía no sé, no entiendo cómo ocurrió. Sé que, inventando pretextos, sacando motivos de mis puños como un prestidigitador—¿no soñé siempre de niño con serlo?—, fabriqué pieza por pieza este viaje difícil y costoso. Nunca lo objetivé en mí de un modo preciso. Ni siquiera pasé por el recuerdo consciente de mi anciana y fugaz amiga. Todo se preparó dentro de mí a tanta profundidad como puede tener el mar del inconsciente. El nombre de la baronesa van Helder no volvió a mi cabeza ni a mis labios si no es hoy, junto al mar del Norte, en el mismo hotel de hace cuatro años. Y eso es lo que me han respondido. Y la angustia irracional,

de animal arrinconado que me sobrecoge es porque sólo a través de ella podré llegar al busto que, curiosamente, se presenta a mi pensamiento como el antídoto de una mujer perdida, de un amor muerto que sigue en mi sangre. (¿Arrastra la sangre en su curso lastres inertes, como los ríos ramas de árboles mutilados? ¿Conserva, transporta, al modo de glóbulos blancos, venenos que la ayudan a luchar, a vivir en tanto que sangre?) Porque siento que sin el busto tendré que volver a ella, que regresar entre los muertos, entre los perdidos, a un mundo del pasado, en el que yo mismo existo sólo como una materia descompuesta. A un continente de cenizas, a una Atlántida de ruinas sumergidas.

Tengo que encontrar el busto. Tengo que encontrar a la baronesa van Helder.

Como hace cuatro años, me detengo en la puerta del hotel y miro en torno mío. No hay sol. Un poco de niebla desciende en fumarolas casi imperceptibles sobre el mar. Al frente, una banderola blanca se agita muellemente. No hay aire casi. «Los cuatro hijos de Eolo . . . » ¿dónde están? Necesito también el aire, la tormenta de aire oscuro, de aire de siete colas de aquel año, como se necesita una brújula, como se necesita una luz. Movido por un afán subjetivo de reconstrucción, vuelvo a mi cuarto, tomo un coñac, enciendo un cigarrillo, fumo unos momentos y vuelvo a salir. La puesta en escena es impecable. El aire empieza a desenvolverse como entonces. No tengo más que cerrar los ojos y dejarme llevar.

Camino diez minutos por la orilla del mar mientras el viento arrecia. Su intensidad creciente me indica cuándo debo volver hacia la izquierda. La memoria de los sentidos es la más exacta, la más inflexible de todas las formas de la memoria, la del corazón se equivoca siempre. Casi siempre. Vuelvo a la izquierda y me dejo llevar aún. ¿Tienen conciencia de su viaje las hojas arrastradas por el viento? A medida que avanzo reconstruyo, a ciegas, todo el camino. Hay que volver aún tres veces antes de encontrar el sendero bordeado de arbustos, ya crecidos. Ahora recuerdo que, faltando poco para llegar a la casa, había una especie de crucero de caminos en el que el aire se hacía sentir de un modo particularmente cegador y lacerante. Veinte o treinta metros más, estoy seguro, y los recorro a ciegas y abro al fin los ojos en busca de albergue, y me encuentro frente a un punto muerto, revestido de césped amarillento hecho paja ya. Aquí no hay casa alguna, ni enfrente, ni a los lados. El campo se extiende en todas direcciones, libre y raso. Si sigo de frente, me tomará dos horas cubrir las diez o doce *villas* que se ven dispersas a la distancia. Continúo y busco en vano lo que busco atravesando ciegamente, aunque con los ojos ya abiertos, un desierto que es más bien ése que se extiende sin remedio dentro del hombre. Aquí no hay una sola *villa* que se llame *La Esperanza*. Tendré que preguntar. La gente suele cambiar los nombres de sus *villas*—al perder la esperanza quizá. Pregunto dondequiera, primero de modo gradual, sereno, al fin con un fre-

nesí incontenible.

—*¿La Esperanza?* No sé. ¿Qué es eso? No comprendo. El señor se engaña.

Tomo otros senderos, llamo a nuevas puertas. Inútil preguntar por la *villa*. Pregunto, entonces, por la vieja propietaria, por el nombre más viejo de la comarca.

—¿Van Helder? ¿Qué es eso? *Connais pas. Connais pas.* Nunca lo oí mencionar. *Connais pas.*

Vuelvo a mi hotel a las seis de la tarde, exhausto, deshecho, febril. No, no. Hay que tener calma. Hay que recordar bien. Hay que reconstruirlo todo. Quizá he confundido el nombre. El nombre de la mujer o el nombre de la *villa*. ¿No hay en Londres un restaurante que se llama *La Speranza?* Habrá que ver. Pero primero tengo que descansar. Y tengo que comer. Y tengo que beber, que arrojar no ya la piedra al agua, sino el vino en torno a la piedra de este amor que llevo dentro y que me pesa tanto. (VI-28-49).

INTERLUDIO

DORMIR—si eso es dormir—y repasar en sueños toda esta informe historia envuelta o deshilachada en viento. Y sentir en el sueño que alguien se ha equivocado o que alguien ha mentido. Y que al volver a preguntar daré con la respuesta como cuando se da en la noche con la cerradura para la llave o con el resorte oculto de un puerta secreta, o como cuando, de pronto, se remata elegantemente la carambola tantas veces tirada, tantas veces frustrada en la realidad de la mesa de billar.

Despertar—si esto es despertar—y sentirse siempre caminando por las callejuelas incontables, entrelazadas, labe rínticas, del ensueño —libre, como los presos o como los locos, de ir de una pared a otra, de una alucinación a otra. Y sentir que la sombra se organiza y se ordena y se coordina bajo la presidencia de los ojos ora azul zafiro, ora verde licuado de aquel busto que se ha vuelto la única razón de ser de una vida que de otro modo podría terminar ahora mismo.

Palpo distraídamente, sin pensar en ello, la pistola automática que cabe igual que un juguete en la palma de mi mano y le doy breves golpes suaves como invitándola, ausente de mí mismo, a esperar sin impacientarse, a tener confianza en mi voluntad—lejana—de morir. Pero quiero morir limpio,

libre, y sé que sólo el busto—*mi amor sin cuerpo ya*—me devolverá la libertad y la limpieza. ¿Y por qué aceptar la negación del sueño en mis informantes, falibles como humanos? Hay registros, hay papeles, libros, almanaques nobiliarios como el de Gotha. Olvidar todo lo demás y buscar. En última instancia, hay cementerios. Era tan vieja ya, se había quedado tanta suma de tiempo en aquella mujer que veía yo dondequiera, ora desdentada y sibilante, ora egregia y divinizada en el busto, que era lógico que hubiera muerto. ¿Es morir más difícil que otra cosa cualquiera?

Y así empieza la búsqueda de este sueño persistente y pungentemente real, en la ilusión de realidad de alcaldías, juzgados de lo civil, parroquias, sacristías, bibliotecas, museos de arte. ¿Por qué no estaría el busto en un museo, legado por la difunta—si difunta—al morir olvidando aquella promesa al forastero, promesa que bajo esta luz y al abrigo de aquel viento parece más bien una coquetería mentirosa de mujer halagada por un hombre todavía joven, por un recluta del batallón de enamorados que tanta simpatía, tanta ternura le inspiraban? La casa pudo ser demolida a la muerte de la anciana propietaria, pero su nombre queda vivo como una razón para vivir: *La Esperanza*. Pero nadie parece conocer ya el nombre de la mujer: no hay baronesa van Helder por ningún punto cardinal. ¿Y si hubiera sido, simplemente, una enferma—no una loca peligrosa, pero una psicópata, una mitómana, una imaginación traumatizada por la

guerra—quizá una sirvienta que se atribuía el nombre y la gloria de su ama desaparecida en un campo de concentración o en un horno crematorio? ¿No se llaman los criados con los títulos nobiliarios de sus amos en las comedias de Molière? *Saute, marquis!* ¡Dar tan grave importancia a esta historia —entregar mi vida a un busto como soñado—y que todo resulte una cosa idiota, un episodio cómico hasta la ridiculez! Porque nadie conoce—nadie parece conocer—a la baronesa van Helder, y si aquella mujer era sólo una vieja iludida y chocha, quizá había inventado también el nombre y todo el cuento en un sueño para escapar a una realidad rastrera y vestida de harapos. Mejor desistir y volver a mí mismo, a mi país—mi tierra—a mi destino, mi infierno, a mi trabajo, mi salvación. ¡Ah, no! ¡Porque no había inventado el busto! ¡Porque yo lo vi y lo toqué! Porque el busto es la única realidad palpable en todo esto.

Y así salí a buscar otra vez aquel viento, que era lo único que podía guiarme aunque me desollara y me barriera. Aquel mar de viento solo camino hacia la realidad de un puerto.

III

LA IRREALIDAD DE LAS COSAS REALES, LA FANTASMAGORÍA DE LA REALIDAD.

OLOROSAS maderas cuyo aroma pertinaz y vivaz se mezcla al olor del podrido papel viejo, amarilloso, que amenaza hacerse polvo entre los dedos. Y esas emanaciones húmedas, penetrantes como cuchillos oxidados del polvo acumulado en los anaqueles, resistentes a plumeros y lienzos de limpiar, presencia también del tiempo que no se va, del tiempo que se queda. Y el vacío. Un vacío que se alarga y toma momentáneamente todas las formas, como las nubes y los cortinajes al impacto del viento. Y siempre el viento. Pero ahora no es el de las calles, sino una suerte de elemento que se ha formulado, formado en mí y que me cingla y me fustiga y me desuella y me barre por dentro.

Nada en la parroquia. Nada en la alcaldía. Nada en el juzgado civil de este pequeño lugar. Y si se me ocurre hacer preguntas, es toda una cosecha de silencios, de miradas convenidas, de sonrisas de través, de encogimientos de hombros, de tácitos sin-duda-este-pobre-hombre-está-loco apuntados por un índice discretamente soslayado hacia la frente. «No se sabe lo que dice ni lo que busca usted. No, no, váyase. Tengo mis quehaceres. Tengo lo que usted no parece tener: una vida propia, real, firmemente asentada en la tierra. En mi tierra.»

Esta mañana es la coronación de todo, y curiosamente un sol tibio, indiferente, de una indolencia casi grosera, presta leves destellos al herbajo verde mate del pequeño cementerio blanco y azul a trechos—azul cielo desteñido. Larga navegación en pos de un continente desconocido, y la conciencia contundente, brutal de pronto, de que no habrá tierra. Porque no hay tierra ya para cubrir más muertos. He leído todas las lápidas—sencillas, conmovedoras, sobrias, cursis, mentirosas a menudo para cubrir las apariencias en que tienen que seguir viviendo viudos y deudos, huérfanos desheredados, maridos o esposas infieles. La muerte, así, parece seguir también las reglas de una organización social, establecer categorías y ser una traslación de la hipocresía de la vida, que es un elemento constitutivo indispensable. ¿No podría alguna de estas numerosas Françoises, Jeanne-Maries o Jacquelines, o Joséphines o Yvettes o Brigittes o Marie-Josés ser aquella que se decía mi busto? Baronesa van Helder, sí, pero ¿cómo se llamaba? ¿Cómo era el nombre que pronunciaba a besos el escultor que la había amado? Piensa uno en todo—recuerdo todos los detalles que capté de ella, aun el juego impenetrable de sus sonrisas que jugaban a ser con dientes o sin dientes, el gobierno azul zafiro de sus ojos sobre los rasgos envejecidos y las arrugas que podría llamar jóvenes por lo vigorosas y acentuadas—y no se me ocurrió preguntarle cómo se llamaba aparte del nombre de familia o qué diminutivo predilecto tenía, o si su nom-

bre era quizá el mismo de la mujer que me destituía de la vida y que era, en su generación, el mismo tipo que la señora baronesa en la suya. Pero me había yo limitado a decir *madame*. Quizá dije también *madame la baronne*, y quizá—y porque el momento no era el más oportuno—me vino fugazmente a la memoria y no lo mencioné el cuento picante de *madame la baronne*, su doncella y *monsieur le baron* y el chofer. Nadie hay que pueda informarme, ni un chofer ni una doncella, ni un *monsieur le baron*. Nada ríe en mí, no. Mi risa está muerta y enterrada quizá bajo una de estas losas. Y fugazmente, idiotamente, recuerdo a aquel oficial encorsetado de la Gestapo. Él podría informarme. Pero ¿en qué prisión se pudre? ¿En qué cementerio duerme, si puede dormir?

Este silencio acompasado, alto como una voz—porque el silencio tiene y sigue sus escalas propias y puede llegar a veces al clamor, a ensordecernos—, del pequeño cementerio, que no me deja oír las pequeñas voces de esa mujer y de ese niño, de ese hombre ya vencido por la edad a quien acompaña una niña rubia y tosca, de piernas arbóreas y sin curva que ponen flores en tumbas recientes, una todavía sin lápida.

¿Sube el silencio al cielo o baja de él, o se trata de un encuentro entre dos silencios—el único encuentro posible aquí donde nadie se encuentra ya con nadie, donde los vivos y los muertos no llegan a encontrarse nunca más aunque los vivos mueran, aunque los muertos resuciten? Sus tiempos no se en-

cuentran.

Ce toit tranquille où marchent des colombes,
entre les pins palpite, entre les tombes.

Mentira. No hay palomas aquí. No hay pinos. No hay tumbas. No hay nada real. Sí. Lo real es que no hay baronesa van Helder, ni viva ni muerta. Quizá no ha muerto, y quizá por eso siento como si no hubiera cementerio aquí.

Y en Bruselas, la lluvia metódica, profesional, dijérase, de las grandes capitales de Europa que parecen no gastar mucho sol por encontrarlo un tanto cursi, o quizá muy caro. Al hojear viejos libros y almanaques nobiliarios tengo la impresión de que llueve también sobre ellos y de que la lluvia quiere borronear las páginas para que no encuentre yo lo que busco. Un rayo, al fin, tan módico que es sólo un destello de sol: Van Helder, General Máximo. Muerto sin descendencia en 1875. Él cierra la lista de los van Helder en los dos o tres almanaques que los incluyen.

En el Registro civil de Bruselas busco también en vano a mi fantasmal baronesa. Quizá no nació ni fue registrada en la capital. Y si el general Máximo murió sin descendencia en 1875, ¿fué hija póstuma ella, o adoptada? No se casó. Su nombre era suyo. Quizá nació en un lugar de la provincia. ¿No me dijo que su familia era una de las fundadoras de aquella región en que la ví y la soñé y en la que no hay si-

quiera un lugar en el camposanto para ella? ¿Ir aún a Gante, a Amberes, a Brujas, a Mons, a Charleroi, Tournai; Ostende, Turnhout, Déost, equis ygriega, zeta? ¿Por qué no?

Al volver esta noche a mi hotel la marcha de mi sangre se altera y precipita. Llego a mi cuarto y abro la puerta con el corazón golpeándome despiadadamente el pecho. En vano todo. No está allí, no me espera la sombra de la vieja mujer, no me espera un paquete llegado por obra y vía de misterioso, impenetrable milagro que, al retirar su envoltura, me entregue, me devuelva mi busto de ojos azul zafiro verdeante.

Nada me espera. ¿Qué caso tiene seguir así? La pequeña pistola se ofrece a mi caricia. Esperemos a mañana, ¿quieres?, pregunto. Y en el pasillo estalla la risa fresca de una mujer. Entreabro mi puerta—no sé por qué estúpida curiosidad. Es la pareja que ocupa el cuarto vecino, maduros y gordos los dos y terriblemente animal y vulgar ella, con un sombrero grotesco. Ríen tan a sabor que ni siquiera vuelven los ojos hacia mi puerta. Para matar un impulso repentino de salir y de volver al Registro civil y a la biblioteca—cerrados a estas horas—y hacerlos abrir a fuerza de voz y de angustia, escribo detalladamente mi búsqueda de estos días en pos del pequeño detalle que sin duda he omitido y que me daría la solución. La misma furia mecánica que me hace escribir durante horas perdiendo la cuenta de los *highballs* que me sirvo maquinalmente y que dejo siempre a medias —pequeño, ridículo ejército de vasos en línea desplegada—

me hace destrozar en minúsculos fragmentos las hojas cubiertas por una escritura que resulta ilegible, irreal para mí mismo. Claro: no hay que escribir más que la verdad y nada de lo que yo consigné aquí es cierto.

Una sensación, un vértigo de frustración me sobrecoge. No hay realidad si no es en aquel sueño. Pero ¿qué sueño? ¿Y cómo volver a él, en todo caso? Nada parece importarme ya. Tenderme en mi cama, yacer relajando todos los músculos de mi cuerpo y todos los resortes tensos de mi memoria. Dormir. Dormir y no soñar. Negrura absoluta. Pienso como un autómata: Es el oscurecimiento de la guerra. La blitz, los robots, las bombas V-1, las bombas V-2. Vuelvo a oír, y a contar, las sesenta y siete explosiones que conté una noche en el cuarto de aquel hotel en Half Moon Street, la noche en que la V-2 emitida desde Holanda cayó por azar sobre el depósito de municiones del duque de Kent. ¿Sesenta y siete o sesenta y ocho? ¿Se acabará Londres hoy? ¿Y qué hace, entre tanto, la Defensa civil de la ciudad? ¿Vendrán sólo cuando haya pasado todo, a recogernos en pedazos, y eso para que no demos mala impresión a los vivos? Una explosión aislada todavía. Y entonces se hizo la luz.

—No, no, no, señor. No puede usted levantarse. ¡Por favor!

Es una voz joven. A parpadeos dibujo poco a poco un rostro fresco, no muy fino, una boca sonriente sin rojo artificial, unos ojos de azul pálido, muerto, ni siquiera metálico,

que circunda un gran halo blanco. Cierro los ojos para apartarla, para conjurarla o destruirla.

—¡Tengo que ver al coronel Thornton! ¡Qué está haciendo el coronel Thornton? Son sesenta y siete explosiones ya. ¡No! ¡Sesenta y ocho!

—Doctor, ¡por favor, doctor!

IV

SUEÑO DE REALIDAD.

HASTA ahora no sé cómo ni en qué momento disparé la pequeña pistola automática. Ni me explico de qué modo pudo desviarse la primera bala dejándome sólo una herida superficial en la cabeza, que no interesó al cerebro. ¿Tuve alguna vez vocación, o veleidades de vocación, de suicida? No lo creo. Y, sin embargo, había adquirido una pistola y había flirteado con ella y con la idea, esperando quizá por este recurso encontrar razones para volver a apegarme a la vida, sobre todo si lograba algún día reunirme con mi busto. Reunirme con él como con un ser vivo, irradiante, magnético en una atracción comparable a la de la juventud, a la de la belleza, a la del simple deseo quizá. El busto era un signo y un cáncer que, paradójicamente, me daría la vida. Un signo convenido, en suma. ¿Cómo, por qué lo hice entonces?

En apariencia, disparé toda la carga de la pistola en un solo tirar del llamador; de las otras ocho balas tuve noticia algunos días después. Una había perforado, de abajo arriba, una gruesa enciclopedia en la que rastreaba yo aún a la familia van Helder; dos más se incrustaron en la pared a mi izquierda, junto al balcón cuyos cristales perforaron otras dos. Algún movimiento reflejo cambió la trayectoria y las tres balas restantes agujerearon la puerta y mataron en flor la

risa obscena de la pareja del cuarto vecino, que regresaba, y que notificó a la dirección del hotel el atentado contra sus vidas. ¿Por qué, cómo lo hice?

No tengo el menor recuerdo de nada, fuera de haber contado, en las vertiginosas matemáticas del sueño, sesenta y siete o sesenta y ocho explosiones, eco múltiple de los nueve disparos en mi cabeza. Por eso entonces, claro: porque lo hice en sueños, en esta falsa realidad que no puede acabar con la realidad verdadera de mi sueño (Sept. 15-68).

Lo curioso y lo importante para mí, sin embargo, el fruto de esta especie de primera muerte era haber recordado el nombre del coronel Thornton, jefe de la Defensa civil, y su relación sentimental con la mujer del busto. ¿Le habría escrito ella la carta que me dijo y enviádosela directamente en vez de confiármela conforme a su promesa, puesto que no volvió a verme? ¿Y había existido esa relación, ese noviazgo, ese amor, o era todo parte—arte y parte—del mito inventado por una sirvienta loca?

Aquellos cuatro años habían pasado sobre mí como extrañas bestias galopantes. No eran, propiamente, tiempo, sino desechos, lastre que necesitaba yo arrojar de mí con la esperanza desesperada de que se llevaran en su torbellino de polvo a la mujer a quien ya no quería yo querer. Todo se simplificaba entonces. No tenía yo más que ir a visitar al coronel Thornton en su apartamiento de Ryder Street, en un inmueble construido a la terminación de la guerra, pero en el

solar del anterior, donde también vivió, y que una bomba V-2 había disuelto literalmente.

Un nuevo parpadeo me permitió ver a la enfermera ansiosamente inclinada sobre mí para impedirme mover.

—Tengo que vestirme—dije—, tengo que salir ahora mismo.

Su mirada fue dulce y enérgica a la vez—negativa.

—Tengo que, repetí sin mirarla. Sus manos eran finas —me parece recordar—, suaves y pequeñas, y debo de haberlas apretado cruelmente. No emitió queja alguna, pero una o dos lágrimas rodaron hasta mis puños.

Fue el médico—recuerdo sólo su voz, profesional, impersonal—quien me informó que estaba yo en un hospital en Bruselas y que en toda apariencia había querido matarme tres días antes. Me eché a reír con una risa un tanto desgarrada, un sí es no es histérica. La realidad era cada vez más absurda, más irreal.

—La herida cicatrizará en corto plazo—dijo la voz—, y no es muy grave. Pero está usted en un estado de choque y no puedo asumir la responsabilidad de dejarlo salir del hospital antes de estar seguro de que sus facultades no han sufrido un deterioro profundo y de que no corre usted un peligro mayor. Lo siento. ¿Papel y pluma? No. Todavía no puede usted hacer esfuerzos mentales. Descanse, duerma.

No sé por qué la voz evocó, tumultuosamente, el viejo poema de José Asunción Silva:

Salga de mañanita,
coma bien, duerma bien, báñese.
Lo que usted tiene es hambre.

Tenía yo hambre, sí. Hambre de penetrar el sueño y devorarlo. Hambre de vivir mi vida en el busto. Y volví a reír, tontamente, y supongo que dormí.

Tengo aún la idea de haber escrito al coronel Thornton —dos veces. Probablemente lo soñé también, pues nunca recibí respuesta ni me fueron devueltas mis cartas.

Terminaba casi el otoño cuando al fin salí a la calle. Seguía lloviendo, y otra vez sentí en mí el movimiento del viento que crecía. Y me dio miedo. Y recordé que no me habían devuelto mi pistola. Podía comprar otra, en todo caso.

Hice mis arreglos en el menor tiempo posible—atando cabos, pellizcando centavos aquí y allá—, y a mediados de diciembre pude llegar al fin a Londres. Mal momento. No había nieve aún, pero el clima inclemente y hostil parecía tratar al visitante con la decantada reserva británica que se deja sentir siempre que no ha habido una presentación formal. Tampoco era propiamente cierzo lo que cortaba la cara como una hoja de afeitar embotada, oxidada, como un pedazo de vidrio más bien. Agotado casi en Bélgica mi permiso reglamentario de recuperación, había tenido que hacer toda suerte de maniobras burocráticas para obtener que se me permitiera ir a Inglaterra por breve plazo, con un encargo

personal de un jefe—encargo complicado que me impidió los primeros cuatro o cinco días buscar al coronel Thornton. Su número aparecía en el directorio telefónico, y llamé varias veces sin obtener respuesta. Entre tanto, el tiempo empeoraba. Noches de neblina en las que me movía yo, descubrí, con bastante soltura—quizá por la larga costumbre de caminar por la ciudad durante los oscurecimientos de la guerra, quizá porque lo que para mí era real estaba envuelto en niebla y ésta se había convertido en mi elemento propio—mantenían un ambiente gris sucio que era como una muralla impenetrable a la claridad matinal y aun a la luz eléctrica. En mi primera mañana libre, al salir del hotel, alcé los ojos al cielo—un cielo mate, lejano—, y el recuerdo me trajo mi primera sonrisa, ¿en cuánto tiempo? Mis amigos ingleses solían celebrar el cuento. En otra mañana parecida, años atrás, me había caído bastante cerca mi primera V-2, dejándome un tanto receloso, y en la calle, alzando los ojos, en el cielo mate y sucio vi, no precisamente brillar, más bien girar, una esfera indefinible, cobriza. ¿Otra de las nuevas armas de destrucción quizá? Pregunté al primer *bobby* que encontré al paso qué era eso, y él me miró con profundo reproche mientras decía: *That's* the sun, *sir!* Como sea, la sonrisa es una buena higiene. No presté atención al lento aire frío —¿acaso no había en mí un torbellino de viento hirviente?—, y caminé con ligereza, por primera vez también en muy largo tiempo. Me sentí tan libre de pronto que no resistí a la

tentación y me compré un encendedor de gas y unos cigarrillos especiales en la tienda de Dunhill, y recorrí la corta distancia hasta Ryder Street no sólo como un hombre que no tiene cuidado alguno, sino como un hombre que tiene una esperanza. *La Esperanza,* eso es. *La Esperanza.* ¿No iba a devolverme a la realidad el coronel Thornton?

El primer choque sobrevino al buscar en el tablero de timbres el número de su apartamiento. Su nombre no estaba allí. Tampoco se veía botón alguno para llamar al superintendente o portero del edificio. Permanecí buen rato en el umbral, indeciso. Si nadie podía informarme en este lugar, había la alcaldía, la Foreign Office, la Defensa. Cuestión de paciencia nada más. No saboreé ya el cigarrillo especial de Dunhill, que arrojé a medias después de pasear frente a la puerta como paseábamos en México frente al balcón de la muchacha que creíamos que nos había sonreído y nos quería. Iba a marcharme ya cuando un taxi se detuvo cerca de mí, del que bajó una mujer madura bien vestida—el tipo clásico de la señora miembro de uno o más comités de cualquier cosa, y quizá del Parlamento. Hundiéndome las uñas en las palmas de las manos, que sentí desagradable e inusitadamente sudorosas, saludé, presenté excusas por molestar y pregunté. Una mirada en blanco de ojos azules que no eran ciertamente aquellos de mi busto. No. No podía informarme sobre el coronel Thornton, y lo sentía tantísimo. Conocía su nombre y parecía que... Pero no, no, no podía recordar

4.
BASSI-72

1/1
BASSI-73

1/1

BASSI-72

1/4 BASSI-72

nada. ¿Por qué no dirigirme a la administración del edificio? El nombre y la dirección, muy cerca de allí, eran fáciles de retener. Diez minutos más tarde pasaba yo mi tarjeta y, recibido tras una breve espera, exponía el objeto de mi visita.

El hombre recordaba en su aspecto, vagamente, a Anthony Eden, joven. Me escuchó con tanta atención que me sentí obligado a hablar más de lo necesario y a subrayar varias veces mi interés en comunicarme con mi viejo amigo. Mi interlocutor tosió ligeramente, alisó un poco los puños de su camisa, cuidadosamente doblados o replegados sobre los de las mangas del saco en protección contra el polvo de las oficinas—economía inglesa—, me ofreció un cigarrillo y sólo cuando me hubo dado fuego me dijo con perfecta compostura y fría sencillez:

—Pero mi querido señor, el coronel Thornton murió hace varios meses, un año quizá. Perdón.

Consultó un tarjetero del tipo kardex, arrugando el entrecejo como si la operación fuera particularmente grave, o secreta, o dolorosa.

—Aquí estamos, sí. Todavía más tiempo, según veo. El coronel murió en octubre del año pasado. Lo siento mucho.

Hubiera podido creerse, por su solemnidad, que él era el encargado por divinos poderes de organizar la partida a otro mundo de los inquilinos del inmueble. Un golpe de vacío, repentino, contrajo mi estómago hasta hacerme sentir tan próximo a la náusea que sólo me armó contra ella el espectáculo

del impecable escritorio y de la alfombra clara. Vomitar o reír parecía lo único posible. Me abstuve de ambas cosas. ¿El fin de todo, el callejón sin salida? Una voz ajena a mí, que me hizo el efecto de ser, por no sé qué arte de birlibirloque, un ventrílocuo, dijo:

—Pero debe de haber algún pariente, ¿no?

Repetición de la tos, reajuste de los puños, refruncimiento de cejas y consulta el kardex.

—Hay sus abogados, si quiere usted molestarse...

Con limpia eficacia anotó en una hoja arrancada a un block sujeto por una armazón de metal nombre y dirección y me la tendió. Actué con propiedad la ceremonia de agradecimiento, y sólo al estar en la calle hice una bola de la hoja de papel y la arrojé al arroyo para recogerla un instante después jugándome la vida entre dos taxis y un Rolls-Royce impaciente. No leí el papel, que conservé hecho bola entre mis dedos, hasta que estuve sentado, algún tiempo después, en el bar Rívoli del hotel Ritz. No podría precisar ya cuánto tiempo me tomó recorrer la breve distancia deteniéndome minuciosamente en cada escaparate sin ver nada en ninguno, depositando maquinalmente una moneda en algún cepo de no sé qué en Piccadilly y comprando algún diario que olvidé en el bar después sin leerlo. No formulé siquiera objetivamente la intención de ir a un bar. En realidad, pensaba en ir a una iglesia más bien, pero no a una iglesia anglicana, y sentí el impulso de tomar un taxi que me llevara

a la más próxima del culto romano, pero mientras lo pensaba me detuve ante un cristal cualquiera, alcé la mirada y vi, en el escaparate de una tienda de fotografía la foto de un obispo o cardenal—ignoro de qué secta—, hombre joven y hermoso que enarbolaba una sonrisa tan diabólicamente llena de vanidad que me sentí despojado de la idea misma de Dios que parecía abrirse paso en mí. Reaccioné como el hombre que escapa de ser atropellado por un tranvía. Sólo una cosa tenía sentido para mí: el coronel Thornton era la última liga viviente con la vieja mujer de *La Esperanza*. Muerto él, ¿qué podía yo esperar?

Ordené un whisky soda con hielo sin atender al mudo reproche del camarero por mi desacato norteamericano, y después de un primer sorbo y de encender un cigarrillo, desplegué y desarrugué minuciosamente el papel. En limpia y elegante caligrafía un tanto mecánica—y sólo en ese momento recordé que me había llamado la atención pasajeramente que el joven Eden era zurdo— leí:

Cheetham, Cheetham and Erthswaite
Solicitors for the late Colonel Thornton,
Lincoln's Inn, Holborn.

Así, pues, todavía, para saber si podía yo esperar algo, tendría que hacer una inmersión en ese viejo ombligo del mundo, cuya última juventud parece corresponder a la épo-

ca de Dickens, ¿Por qué no abandonar de una vez todas mis absurdas ideas? ¿Por qué no buscar otra realidad, otra droga? Hice nuevamente bola la hoja de papel y la dejé en un cenicero sucio que pronto fue cambiado. En la mesa frontera, una mujer sonreía—¡oh, a alguien más! Era joven y bonita. Así, no tenía la menor semejanza con la evanescente baronesa van Helder de mis pesadillas, pero tampoco con la mujer de mi historia privada, pequeño buitre de un pequeñísimo Prometeo. Pero vi en ella—sin duda porque lo quise así—la mirada entre verde y azul zafiro del busto, y me di cuenta de que tendría que seguir adelante, de que estaba engranado a un mecanismo que subía y bajaba vertiginosamente pero sin ritmo alguno, sin alternación precisa, de que me había yo convertido en un hombre sin sombra, sin reflejo posible en los espejos, de que ya no era más que mi obsesión y de que sólo volvería a verme a mí mismo y recobraría mi sombra cuando viera el busto.

Me hice toda clase de trampas: fui primero al Museo Británico para contemplar otra vez el cráneo de cristal de roca mexicano y la extraordinaria escultura de Coatlicue; vagué por las callejuelas vecinas, y en una tienda que destilaba húmeda vejez encontré todavía una de aquellas reproducciones cromadas del busto de Nefertitis que se hacían en la preguerra en Alemania. Sin embargo, llegué a tiempo al añoso bufete de los abogados del coronel Thornton. Me atendió el miembro más joven y único supervivien-

te de la firma, que debía de frisar en los setenta y ocho años. El abogado Erthswaite, graduado de Oxford según su diploma que colgaba en una pared del despacho, consagró un cuarto de hora a su recordación del coronel, su amigo de toda la vida y hombre con quien la ciudad de Londres tenía una deuda mayor que la de Inglaterra entera para con Winston Churchill. La prueba: después de muerto, lo buscaban aún amigos y admiradores extranjeros, reconfortante cosa. No era yo el primero ni sería el último. Había muerto, además, como un verdadero cristiano inglés, que no es lo mismo que los demás cristianos, puesto que los cristianos ingleses son, además, caballeros—*gallant gentlemen*. Sus propiedades, rentas, valores y objetos personales—fuera de legados a servidores fieles y viejos amigos (él mismo había recibido un admirable Constable, ¿o Whistler?)—había ido a manos de su sobrino Yves Thornton, oficial del ejército. ¿Su dirección? Claro, con todo gusto. La caligrafía del segundo papel parecía imitada de la del primero: la mano del anciano abogado era firme y, mejor que escribir, parecía dibujar con deleite:

Major Yves Thornton,
Astell Courts,
Chelsea.

No tuve que esperar mucho el taxi que me llevó a Chelsea. Ante la falta de respuesta después de oprimir insistentemente el timbre del *flat* del mayor Thornton, recurrí al conserje, que fue sucinto: el mayor tenía una casa, herencia reciente, en Kiddlington, y había ido a pasar allí la segunda mitad de diciembre, Navidad, Año Nuevo, etc. ¿El teléfono? Un tercer papel con el número. De vuelta en mi hotel llamé inmediatamente. Una voz pesadamente femenina, con acento *cockney*, me informó que el mayor había ido a visitar amigos a otro lugar. Regresaría a Kiddlington el 22 de diciembre solamente. ¿Había recado? Deletreé mi nombre varias veces, subrayando sobre todo la circunstancia de ser viejo amigo personal del difunto coronel; dejé, para que no quedara resquicio alguno al error, el nombre y el teléfono de mi hotel, así como el número del cuarto, para el caso de que... pero recalcando que me presentaría yo en la casa de Kiddlington el 22.

Sólo al colgar el teléfono me di cuenta de la fecha del día: 17 de diciembre. Cada día iba a ser como un círculo del infierno—un urgente deseo de releer a Dante me lanzaría a las librerías a la mañana siguiente—¿y cuál era el objeto?

Si la mujer de Knokke-le-Zoute era real, si era la baronesa van Helder que debió haber casado con el coronel Thornton, ¿qué podía saber de esto un sobrino que pertenecía a otra generación, que quizá, como suele ocurrir entre parientes, no había tenido mayor intimidad con su tío y que,

aun en el caso de frecuentarlo, había estado siempre al otro lado de la barrera del grado y de la idiosincracia inglesa quintaesenciada por las fiorituras de la educación militar? Y otra vez el vacío, la desesperanza, la amenaza no ociosa de la fatalidad de tener que regresar a aquella mujer que se había convertido sólo, por extraño modo, en un substituto, en un peor-es-nada del busto hacia el que había yo orientado mi vida sin poder explicar por qué.

Esa noche y las subsecuentes me laceró la obsesión de un cuento de Maupassant, leído en mi adolescencia: *La cabellera*. Sólo que no eran cabellos, sino mármol lo que al fin arrebataba mi razón para siempre.

Una noche—no sé a qué hora—me vestí y salí a caminar por Piccadilly. En la cuadra frontera a Green Park las mariposillas inglesas paseaban, fumaban, esperaban estacionarias y se ofrecían con voces que ellas creían arrulladoras y fascinantes, prometiendo un paraíso en *cockney*. Elegí a ciegas a una que era joven aún, y fuimos a algún lugar en las orillas de Soho en el que ella comió pescado y papas fritas, y los dos bebimos cerveza hasta el momento en que avisaron que se cerraba el *pub*. Tomamos la última, dejé a la mujer en un taxi pagado y volví a mi hotel con la conciencia de haber matado un día más. El resto de la noche leí *El infierno*, y al día siguiente me quedé en mi cuarto. ¿Por qué no es dado al hombre tener varios cuerpos y varias mentes y conjugarlos como los trajes y las corbatas, según el esta-

do de ánimo? ¿Y dejar colgado en un armario el cuerpo que se fatiga, o guardada en una caja de sombreros la cabeza que se obstina en seguir una idea, una teoría, una obsesión? ¿Por qué no puede el hombre despedirse a sí mismo cuando ya no se sirve ni se da gusto? Hay el suicidio siempre, claro está. Puerta estrecha. Pero yo lo había intentado ya en sueños, como en sueños he hecho y sigo haciendo tantos movimientos inútiles, sin blanco, y no me dio resultado. Y además, suicidarse es proscribir para siempre toda posibilidad de cambio.

Llegó el día 22 y tomé temprano el tren para Oxford siguiendo las instrucciones del conserje del hotel, y bajé y caminé un poco por las calles de la ciudad, que hubiera querido conocer joven y estudiante. El tren pasa por Reading y, como otras veces, al leer el nombre pensé en el proceso y la prisión de Oscar Wilde—¿su realidad o su sueño? Y pensé que hubiera querido estar preso para no poder seguir adelante pero que, no estándolo, tenía que seguir. Y seguir. Y seguir.

Había que tomar un taxi en Oxford para cubrir las cinco millas—no recuerdo ya—que separan a los dos pequeños lugares. Y no había taxis disponibles. Una rápida investigación me puso en antecedentes: se celebraba una boda importante, y todos los taxis locales estaban contratados. Quizá esperando un poco... Por no sé ya qué motivo, había una interrupción en el servicio de autobuses también.

4/
BASSI-72

DASSI-72

1/1
BASSI-72

Almorcé cualquier cosa en cualquier lugar, hotel o *pub,* en el que—recordé de pronto—en diciembre de 1944 había escuchado el mensaje de Navidad del rey Jorge Sexto, que me sorprendió menos por su auténtica nobleza humana que por la circunstancia de que el monarca había logrado casi por entero dominar su tradicional tartamudez. A las dos y media no había taxi libre aún. Me orienté y salí al camino. Hacía un frío penetrante, de estación, pero el viento parecía inmóvil. Busqué el rumbo a seguir, anudé mi bufanda, abotoné mi abrigo, encendí un cigarrillo, me puse los guantes y eché a andar.

Pude al fin formular mi sentimiento: tenía yo una terrible sed de realidad. Iba a buscar, a beber realidad ¿Qué realidad?

V

REALIDAD SIN SUEÑOS

REALIDAD DEL SUEÑO

No sé cuánto tiempo caminé como un autómata, obedeciendo a un ritmo maquinal, con pasos largos que, sin embargo, no me comunicaban la impresión de avanzar. A poco la sucia claridad vespertina se fundió en una tonalidad de acero que gradualmente se hacía impenetrable a la luz a la vez que a la oscuridad total estableciéndose como un ambiente inmóvil, como un limbo o quizá como un planeta muerto en el que ya no tienen acción ni efecto las evoluciones de la atmósfera ni del clima, tal como los cadáveres no pueden percibir el ruido ni la aurora ni el crepúsculo ni siquiera el timbre de un teléfono. Fuera del tiempo todo en una inmovilidad indefinible—¿prehistórica?

Y de pronto volví a la realidad. El paisaje increíble, sembrado de escarcha, se extendía y desdoblaba ante mi vista como las profundas perspectivas de un cuadro de Chirico multiplicadas y vueltas monstruosas por Dalí. Todo en torno mío parecía coagulado, detenido, suspendido en la orilla de un abismo sin fin. Y el aire estático empezó de pronto a poblarse de miles de millares de alfileres que cada uno de mis pasos hacía penetrar en mi cara. Pero otros más largos parecían deslizarse por entre las costuras de mis guantes y placas de sólido metal revestían el cuello y las solapas levantados de mi abrigo convirtiéndolo en una como gola de

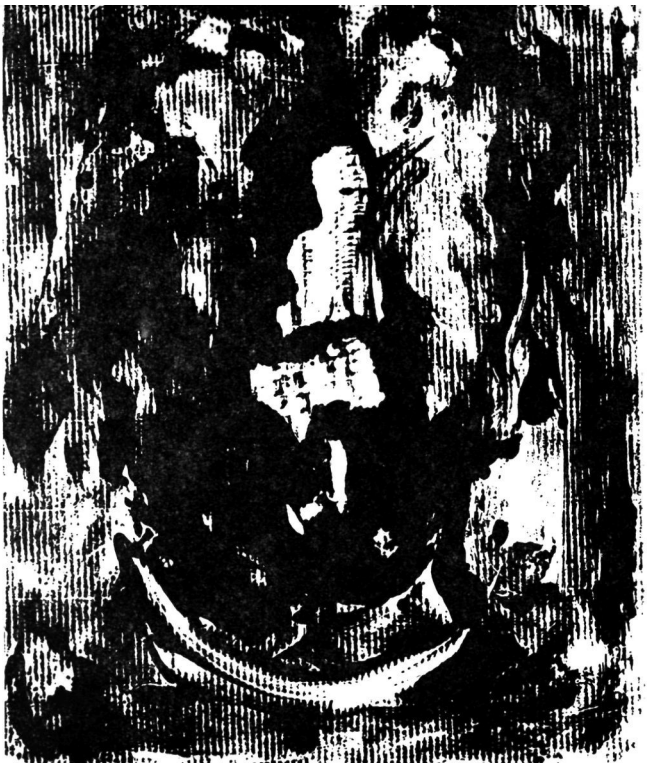
Lo sabía yo, claro, y se lo dije. Lo estimaba mucho y me habría encantado saludarlo en la paz ya que lo había conocido y admirado en la guerra, y sentía muchísimo su muerte. Común destino, sí, pero inaceptable siempre mientras se está vivo. Y sabía también que había venido a casa de su sobrino para preguntarle si por azar su tío no le había hablado de mí, no le había dejado algo—un encargo, un mensaje, una palabra—para mí.

—*That's just it, old chap, that's just it.* Por eso hablaba yo de un viaje inútil. Dejó una carta escrita por otra persona—olvido el nombre, lo siento—para usted, que está en un sobre cerrado, en Londres. Yo debo quedarme aquí hasta los primeros días de enero—hay una serie de reuniones navideñas con viejos amigos del ejército. Usted comprende. Si puede quedarse hasta entonces, bienvenido. Si no, podemos hacer cita en Londres para más adelante. En todo caso, ¿para qué tener la molestia de viajar esta noche? Es usted mi huésped.

Había desaparecido de un golpe aquella túnica de alfileres que, al reflexionarlo, me había hecho sentir desnudo y vulnerable como nunca y había traído a mi memoria en desgarradora evocación el maravilloso cuadro de Gérard David que describe el castigo del juez prevaricador después del juicio de Cambises, cuando desuellan, minuciosa, delicada y quirúrgicamente al magistrado que hizo perder su equilibrio a la balanza de la justicia. Ausente de mi cuerpo

1/1 BASSI-72

BASSI-79



1/1

BASSI-72

BASSI-22

aquella malla, la realidad a la que me había yo sentido devuelto por un momento se desvaneció de pronto y me sobrevino otra especie de desnudez, como si algo me hubiera desposeído de mi tercera dimensión, robado de mí mismo. Un desnudamiento, un despellejamiento del alma esta vez. Pensé, vertiginosamente: ¿Dónde está la realidad entonces? ¿Mi realidad? ¿En lo que soy? ¿En lo que no soy?

Recuerdo confusamente que a poco, mientras hablábamos de generalidades de la guerra, llegó un pequeño grupo de alegres visitantes. Presentaciones. Grogs. Una escena de la que no conservo memoria alguna, con un diálogo absurdo formado por mi silencio y por las frases cordiales y rientes de los demás. Y las preguntas inevitables—inevitablemente de orden geográfico—sobre México, y las evocaciones sin remedio ni escape de los cinco años de abominable, sadística euforia nazifacista. Dunquerque, los ataques aéreos, los campos de concentración, el aterrizaje de Rudolf Hess, los movimientos llenos de angustia y de esperanza subterráneas de los grupos de resistencia en Francia, en Holanda, en Polonia, en Checoslovaquia, en Bélgica.

—Y, claro—dije de pronto—, en Bélgica la baronesa van Helder.

—¿Quién?

—No sé—declaró el mayor Thornton—, me suena vagamente conocido el nombre, pero no sé... Tomaremos el café en la sala, ¿no?

Otra vez. Otra vez. Otra vez la no realidad, el no sentido de las cosas. Y una como sensación de no existencia en mí. Pero ¿puede sentirse si no se existe? ¿Es otra forma de existencia o de inexistencia? Y lo que es apariencia nada más ¿se siente o se percibe sólo como una suerte de aroma indefinible? ¿Y cómo se percibe? ¿Con qué sentido, si el olfato no existe? ¿Cómo se puede ver lo que no está presente de verdad, y cómo si no hay ojos abiertos ni vivientes? Bien. ¿No se ven acaso los fantasmas? Ah, pero ¿se ven? ¿No se trata sólo de alucinaciones, de vértigos del inconsciente?

—¿Se siente usted mal, amigo mexicano? Cansado, claro. *Rotten weather*. Le enseñaré su cuarto.

Lo seguí como un esclavo, como un objeto más bien. Y me tendí en la noche como en un féretro.

VI

SUEÑO EN LA REALIDAD

jas de madera de la casa del mayor Thornton, sin saber por qué. Descubrí la razón al cabo de un momento: lo que me había detenido era una fascinación. Me fascinaba con mágica potencia un espectáculo que no había visto nunca y cuya belleza me sacudió profundamente. Cubiertas por el cierzo, las telas de araña de los ángulos interiores resplandecían maravillosamente, cuajadas de diamantes que las convertían en joyas sin paralelo en la Torre de Londres, en el Africa Austral, el Transvaal o Golconda, en la India o Brasil, en el Cabo o Borneo y quizá en algún otro planeta o en la luna misma. No sé cuánto tiempo permanecí allí, tiritando, pero arrebatado, destrozado por el espectáculo, afluyendo a mis ojos las lágrimas que siempre me arranca la belleza mejor que el dolor. Mi reloj, cuando pude echarle una ojeada, marcaba las siete. ¿De la mañana, de la tarde, de la eternidad? En el centro de aquella niebla no había más luz que la cegadora de las telarañas cristalizadas. «No se mueve una hoja sin la voluntad del Señor». Aquí ni aun con ella, quizá. Nada se mueve. ¿Y es esto porque nada se mueve en mí, porque nada me indica que vivo? Pero sé que mi vida no está en mí ya, ni siquiera en aquella mujer que ha hecho doler hasta mi sangre, sino sólo en el busto de mármol con ojos de zafiro con destellos verdeantes de la señora baronesa perdida, inencontrable, de la señora bruja, de la señora-que-no-existe-van-Helder. Sé que mi vida ha transmigrado al busto y que late en él, dondequiera que pueda estar.

—¿Levantado tan temprano?

El mayor Thornton, con un grueso sweater y una gorra de lana escocesa.

—Parece que nevará hoy, y eso es todo un acontecimiento. Tengo que sacar toda la parafernalia. Vamos a divertirnos en grande. ¿Quiere venir conmigo? Desayunaremos en seguida.

Lo sigo, otra vez como un objeto o autómata, hipnotizado aún por los diamantes del cierzo. Pienso en decírselo, pero ¿por qué dar a nadie lo que considero sólo mío? Sería como si hablara del busto con un hombre que pasara por la calle sin verme.

El desván es amplio. Veo viejos báules-mundo, maletas, cajas de empaque, una bicicleta, una motocicleta, unos patines, un casco y una pelota de futbol, un trineo no muy grande, largos *skis* reclinados contra la pared, en la que cuelgan linternas y máscaras contra gas; veo cómodas despintadas, soperas y poncheras desportilladas, teteras decaídas; incongruentemente, una rueca que ha de datar de muy atrás, junto a un esbelto armario del tipo *tallboy,* carcomido ya. Y en lo alto del *tallboy,* empolvado, sucio, abandonado, humillado y solo, amortajado en el olvido, el busto. El busto de la baronesa van Helder. Mi busto. Tengo un gesto de propietario y voy a él ansiosamente y lo toco y lo tomo, llenándome de polvo. No sé ya con qué palabras explico la legitimidad de mi gesto.

—Cuidado, cuidado, va usted a ensuciarse todo. Ahora recuerdo, claro, y eso era lo que quería decirle anoche. Algo que dejó mi tío el coronel y que no entendí.

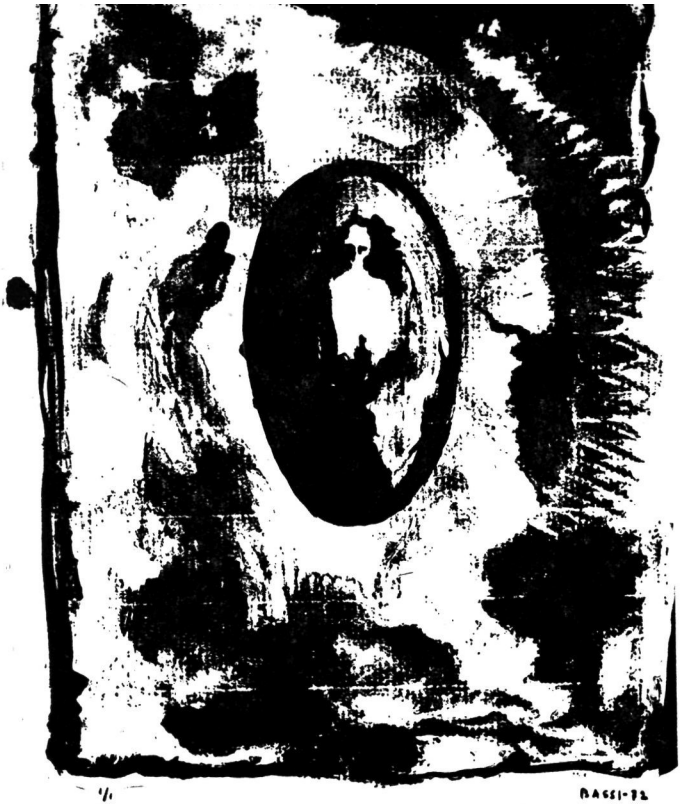
—Pero es el busto de la baronesa van Helder. El mío. Ella prometió dejármelo.

—Ya veo, sí, pero mi tío no fue muy claro. Cuando murió—y murió en esta casa—dijo... ¡Claro! Por eso dije que me sonaba conocido el nombre, sí... Pero dijo algo de la carta que está en Londres, y algo más que no recuerdo. Nunca tuve muy buena memoria, sabe usted, y creo que el olvido prolonga la vida, ¡ja!, y creo que...

Sigue hablando, mayor, sigue hablando. Yo no puedo oír nada, no puedo ver nada, no puedo aspirar nada, no puedo tocar nada, no puedo saborear nada que no sea mi busto. Esos diamantes del cierzo podrían ser mejores que los de Golconda, pero no brillan como el zafiro maridado con esmeralda de los ojos de mi busto. Mi busto. Mi vida.

* * *

Luna de miel. Conjunción de realidad y de sueño. Tan real que me pareció un sueño. Tan sueño, que fue real. No sé cómo expresarlo. Sé nada más que no podré expresarlo nunca. No lo expresaré nunca. Sentir que vive uno al fin y que los demás reconocen que existe uno y que no está solo


BASSI-72

BASSI-72

VI

BASSI-72

—que tiene toda la luz, toda la alegría, toda la fuerza, todo el poder. Que tiene la única inmortalidad posible, la inmortalidad que da la creación—la inmortalidad que da el amor.

Imposible permanecer en Kiddlington después de recobrar mi posesión. Me envolvió en llamas crecientes un deseo de estar a solas con ella. El mayor Thornton fue comprensivo y amabilísimo, aunque daba la impresión de no comprender nada y de, simplemente, ceder el paso, dar gusto a un loco. Entre los dos limpiamos minuciosamente el busto, y tuve la impresión en un momento dado de que a él empezaban a fascinarlo también los ojos azules. Vámonos, vámonos, ¡vámonos, amor, vida, eternidad! Lo empacamos cuidadosamente. Me quedé ese día, y aunque hubo instancias para que pasara la Navidad en la casa, inventé excusas: mi mujer me esperaba en Londres, imposible dejarla sola, ni hacerla venir con este tiempo, etc. Y había un compromiso previo con amigos... Tomamos cita para el 5 de enero. Una copa en su *flat* a fin de que me entregara aquella carta que...

Tomé el primer tren posible, volví a Londres y me encerré en mi cuarto del hotel con el busto y me entregué a mi adoración. A veces, al contacto febril de mis labios, los suyos parecían refrescarse y animarse en sonrisas cada vez más fascinadoras, y cuando besaba sus ojos me quedaba una sensación paradisíaca de frescura y un goce de alimen-

to que era a la vez una sed insaciable. A pesar de la temporada, gastando a manos llenas sin detenerme a pensar, logré comprar un estuche dorado y negro de laca china, forrado de terciopelo rubí, donde guardarlo protegido por uno de esos candados chinos que se cierran por inserción. Adquirí la mejor cámara fotográfica y lo tomé desde todos los ángulos, vertical, inclinado, yacente sobre mi almohada como una mujer que acaba de entregarse y disfruta el reposo que sigue al amor. Y mi felicidad me hizo olvidar mi situación oficial en materia de licencia y mi cita con el mayor Thornton. Comía yo a menudo en mi cuarto, y cuando salía, después de cerrar celosamente el nicho con aquel candado, para vagar al azar por las calles siempre sorprendentes y fascinantes de Londres, era sólo para dar mayor perfección a mi deseo, para sublimarlo y quintaesenciarlo y regresar al fin—a menudo a pie y de largas distancias—como un peregrino que vuelve a su Meca para adorar a su dios en su al-Medina.

Olvido la fecha en que, por curiosidad o impaciencia, me llamó el mayor Thornton. El teléfono me despertó a las nueve.

—*I say, old fellow, you're frightfully absentminded. I've been waiting.*

Ofrecí disculpas: mi salud, el frío, la salud de mi mujer. ¿Cuándo podría ir?

—Desgraciadamente yo tengo sólo un momento hoy. De-

bo salir a Escocia esta noche. ¿Podría venir a su hotel?

No. No. No. Nadie debe verla ya.

—¿Quiere usted que almorcemos en el Berkeley?

Así lo hicimos esa tarde a la una. La más jovial conversación, la mejor comida posible. Por mí. Pasados el café y los licores, el mayor se levantó y se despidió con efusiva gratitud. Yo volví a sentarme para terminar mi coñac, con la vaga sensación de que faltaba algo, pero orientado sólo hacia mi deseo de regresar a mi hotel. Un momento después reapareció el mayor.

—*I say, old chap,* parece que el desmemoriado soy yo. ¡Ja, ja!

Me tendió un sobre oblongo, rotulado con un letra angulosa y airosa, del tipo Sagrado Corazón, que decía mi nombre. Di las gracias, sintiendo—¿por qué?—que se me oprimía la garganta. ¿Era por ver al fin la caligrafía de la mujer sin cuyo rostro el busto no hubiera llegado a existir? Era como cuando da las gracias un condenado a muerte por el pequeño servicio que alguien le hace antes de la ejecución—el último cigarrillo, la absolución. Y sentí en mí el impulso rabioso de destruir allí mismo la carta, de no leerla nunca. Y varias veces, sosteniéndola en mi mano izquierda, la acaricié levemente con la llama de mi encendedor que tenía en la mano derecha. Al fin salí del Berkeley. Con ella contra el corazón, opresiva y casi asfixiante, caminé sin rumbo fijo horas y horas. Por Piccadilly y Soho hasta el Mu-

Al fin conocía yo su nombre de pila.

Recuerdo confusamente que me eché a reír como un poseído, que bailé una conga con la carta y que hice zalemas a la señora baronesa ante el espejo, hasta que sin entender por qué, puesto que la ventana estaba cerrada, sentí un viento que me recorría por dentro, un viento oscuro, despiadado, cegador, y oí al cabo la voz que decía:

—¿No quiere usted resguardarse del viento, señor?

Y entonces abrí el nicho y adoré al busto.

VII

SIN REALIDAD Y SIN SUEÑO

Mi modesta situación oficial hacía ya inaplazable mi partida de Londres, pero no había en mí impulso alguno de movimiento. Mataba el tiempo—que es el que nos mata—como mejor podía, en coloquio cotidiano con mi busto maravilloso y con la carta de Anne van Helder. Un día tuve la fantasía de que los expertos del museo de Madame Tussaud me hicieran una réplica en cera del busto que pudiera yo llevar conmigo a todas partes y colocar sobre un manequí ideal. Era necesaria una fortuna en libras esterlinas, ¡ay!

Tuve que decidir mi partida, y la víspera misma del día que por deber había fijado, me despertó la campanilla del teléfono.

—*I say, old chap,* me dijo el mayor Thornton. Lo más chistoso del mundo. Y serio también. Encontré un papel de mi tío diciendo que debo entregarle el busto que le entregué pero que usted tiene que romperlo en mi presencia.

Balbuceé algo impreciso, un «No entiendo» para ganar tiempo.

—Yo tampoco. Claro, sí, también yo pensé que el pobre estaba chalado, pero hablé con el *solicitor* por algo que agrega el recado, y él lo confirma. Si yo no cumplo y usted no cumple, me quedo sin la casa de Kiddlington, y eso fran-

camente no me agradaría. El viejo tenía empeño absoluto en darle gusto a su vieja flama de condesa o duquesa en cuestión. ¿Quiere esperarme en su hotel a las siete? Después de la ¿cómo diablos se llama eso?, en fin, de la inmolación o de la ejecución del busto, lo invito a cenar. ¡Con champaña!

Clic.

Sentir que se está en un mundo de gente cuerda siendo loco. Peor aún, sentir que se está cuerdo en el manicomio que es el mundo. Dormido en un mundo despierto o despierto en un mundo adormecido, solo, unimismado, fuera de toda realidad otra vez. Sentir la locura a mediodía y a medianoche. Sentir que va a morir el sér, el sueño por quien se vive. Sentir que uno mismo debe matarlo. Sentir que no se siente nada más que un espantoso vacío, una soledad sin fronteras, sentir que hay que hacer morir y que hay que morir. Tres salidas a la vista: huir, matar al mayor Thornton a martillazos. Matarme yo. Matarlo todo y a todos menos al busto. Y la frase ya encadenada a mi pulso como un número progresivo insuspendible, de aquella funesta mujer, aquella baronesa de opereta, aquella loca, adorable sin duda, puesto que un artista enamorado le había dado la inmortalidad. «No puedo pedir más para mí ni hacer menos por usted... Haga lo que le pido por lo que fui, por mis ojos, por mi sonrisa, por mi tiempo que se quedó...»

Abrí con reverencia sacerdotal el nicho y adoré aún. ¿No

ha dicho alguien que la religión es un opio? Tomé no sé cuántas fotos aún. Urgido por una voluntad extraña a mí, helada como el acero, acerada como el hielo, salí un momento a la calle y en una ferretería cercana compré un pequeño martillo sólido y brillante que pesaba en mis manos como una mala conciencia. Ordené champaña en mi cuarto —con tres copas. Y esperé.

El mayor Thornton llegó a la siete de la tarde.

¿Cómo transcribir una conversación en dos idiomas diferentes, familiar de nacencia el uno, inaccesible y como inexistente el otro? No sé ya de qué hablamos ni qué dijimos. El mayor me entregó el mensaje de su tío y una carta del abogado. Todo en británica regla.

—Lo siento, *old chap*, porque creo que a usted le gusta mucho ese pedazo de mármol, pero...

Siguió hablando y yo oía sólo la frase de la Liza-Galateo de Shaw: «*The rain in Spain... The shallow depression in the west of these islands is likely to move slowly in an easterly direction...*»

Serví las tres copas de champaña colocando una en el nicho abierto. ¿Qué me importaba que aquel inglés se riera de mí? Los ojos azul zafiro con destellos verdes parecían seguirme todo el tiempo a cada movimiento que hacía yo. Brindé con el mayor, prendí fuego a la nota del coronel y a la carta del abogado y las dejé arder como incienso en el nicho. Entonces acerqué la copa de champaña a los labios

de mi amor y en seguida la vacié sobre su cabeza. Gotas espumantes se prendieron pasajeramente a los párpados en una dulce simulación de lágrimas. Entonces blandí y descargué con fuerza el martillo. Leve ruido. Al desplomarse los pedazos, cayó intacto en la mesa, como un antifaz de mármol, un trozo que abarcaba las cejas y los ojos azul y verde. Lo puse en mi bolsa siguiendo un ciego impulso, asiéndome a un áncora de salvación: los ojos vivían todavía. Entre los pedazos apareció un pequeño rollo de papel, introducido sin duda por un orificio de la base que había sido sellado después. Lo tomé y miré al atónito y divertido mayor Thornton, como para preguntarle si debía yo mostrarle el contenido.

El se echó a reír.

—Bueno, como dicen los yanquis, *that's a hell of a postal service!* ¿Vamos a cenar?

Cenamos. Con champaña como el mayor había ofrecido. Piper Heidsiek *extra dry* que yo elegí tocando en mi bolsa como un amuleto aquel pedazo de mármol que parecía un antifaz que al ser desenmascarado el rostro se llevara con él los ojos inefables.

VIII

EL SUEÑO SIN FIN

EL PAPEL era, en toda apariencia, una hoja arrancada de un diario, y el texto breve:

Marzo (el día tachado) 1945. Imposible convencer al coronel K. de que deje libres a los ciento cincuenta rehenes a menos que le diga quién es el jefe de la resistencia. Creo que lo sabe, además. Imposible convencer a B.—ni a J., que opera entre los dos campos y los vende alternativamente. Los tres vendrán a cenar hoy a mi casa. Tengo el veneno listo. Muerto K., se suspenderá la ejecución de los rehenes. Muerto J., no habrá más filtraciones. Muerto B.—tan obcecado, tan impulsivo—, la resistencia podrá sostenerse hasta el fin. El la compromete a diario, como en el caso de Ginette, su familia y los vecinos barridos con metralla por su irreflexión. Pobrecillo. Duele, pero no hay remedio. Pensé en tomar veneno también yo, pero prefiero que me maten ellos, los boches, por respeto al gran nombre que llevo.

Fue fácil obtener mi disponibilidad por tres años sin dar mayores explicaciones. Dentro de una hora debo tomar el avión para Bélgica. Tengo poco que empacar. Acabo de quemar todas las fotos que tomé del busto y los negativos.

Quizá quemar negativos sea una manera de afirmarse. Con el pequeño martillo, en el hogar de la chimenea acabo de pulverizar el antifaz con los ojos azul zafiro y verde esmeralda, después de besarlos con mi vida.

Tengo un objeto al fin, una razón para soñar. Aunque el viento sea más negro y lacerante que nunca, quiero ver y hacer que vuelva a recordarse a la obliterada baronesa van Helder, que vuelva a pronunciarse su nombre con una orgullosa sonrisa y que se reconstruya, para el mundo en que somos, su *villa: La Esperanza*.

CONSTA la edición de mil ejemplares numerados más reposiciones y sobrantes, impresos sobre papel marfil atezado, grueso. La imprimió Francisco Antúnez en la ciudad de Aguascalientes (José María Chávez 431) con tipos **Medieval** de 14 puntos y **Futura** de 8 y 10 puntos; empleó tipo **Garamond** para la portada y frontispicio. Acabó la impresión el día 31 de octubre de 1973.